

después de la serie
after llega...

anna todd

★ stars

estrellas fugaces

todo
es posible

1

 Planeta

ANNA TODD

STARS.
ESTRELLAS FUGACES

Traducción de Vicky Charques

Título original: *The Brightest Stars*

© Anna Todd, 2018

Publicado de acuerdo con Bookcase Literary Agency

© por la traducción, Traducciones Imposibles, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19348-7

Depósito legal: B. 16.144-2018

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

Karina, 2019

El viento azota la cafetería cada vez que la vieja puerta de madera se abre con un chirrido. Hace un frío inusual para ser septiembre, y estoy casi segura de que se trata de una especie de castigo del universo por haber accedido a reunirme con él, y encima hoy. ¿En qué estaba pensando?

Apenas me ha dado tiempo a maquillarme las bolsas hinchadas bajo los ojos. Y esto que llevo puesto..., ¿cuándo fue la última vez que vio la lavadora? En serio, ¿en qué estaba pensando?

Ahora mismo pienso en que me duele la cabeza y no sé si llevo ibuprofeno en el bolso. También pienso en que he sido lista al elegir la mesa que está más cerca de la puerta; así podré largarme rápido si la situación lo requiere. Este establecimiento está en pleno Edgewood. Es un punto neutro, y nada romántico. Otra buena elección. Sólo he estado aquí unas pocas veces, pero es mi cafetería favorita en Atlanta. Hay muy poco sitio, apenas diez mesas; imagino que quieren que haya un flujo de clientela constante. Un par de detalles son dignos de Instagram, como la pared de plantas suculentas y los bonitos azulejos en blanco y negro

de detrás de los camareros, pero, por lo demás, el sitio es bastante sobrio, con tonos grises y cemento por todas partes, y se oye constantemente el ruido de las batidoras que mezclan col rizada con la fruta que esté de moda en el momento.

Hay una única puerta vieja: una entrada, una salida. Miro el móvil y me seco las palmas de las manos en el vestido negro.

¿Me abrazará? ¿Me dará la mano?

No me imagino un gesto tan formal. No de él. Mierda. Ya me estoy agobiando otra vez, y eso que ni siquiera ha llegado todavía. Por cuarta vez en este día, siento cómo hierve el pánico en mi pecho y soy consciente de que, cada vez que visualizo nuestro encuentro, lo imagino como era la primera vez que lo vi. No tengo ni la menor idea de con qué versión de él me voy a encontrar. No lo he vuelto a ver desde el invierno pasado, y ya no sé quién es. Aunque, ¿lo he sabido alguna vez?

Puede que sólo conociese una de sus versiones, una forma deslumbrante y falsa del chico al que espero ahora.

Supongo que podría haberle dado largas durante el resto de mi vida, pero la idea de no volver a verlo nunca más se me antoja peor que estar aquí sentada en estos momentos. Al menos puedo admitir eso. Y aquí estoy, calentándome las manos con una taza de café y esperando a que cruce la chirriante puerta después de haber jurado, a él, a mí misma, y a todo el que haya querido escucharme durante los últimos meses, que jamás...

Aún faltan cinco minutos para la hora en la que habíamos quedado, pero si se parece en algo al chico que yo recuerdo, llegará tarde y con el ceño fruncido.

La puerta se abre y es una mujer quien entra. Su cabello rubio forma un nido en la parte superior de su minúscula cabeza y lleva el móvil pegado a su mejilla roja.

—Me importa una mierda, Howie. Hazlo —ordena, y se aparta el aparato de la oreja maldiciendo.

Detesto Atlanta. Aquí todo el mundo es como ella, todo el mundo es irascible y todo el mundo tiene prisa. No siempre ha sido de esa manera. Bueno, tal vez sí, pero yo no soy así. Las cosas cambian. Antes me encantaba esta ciudad, sobre todo el centro. Para ser una ciudad pequeña, hay una infinidad de restaurantes distintos entre los que escoger si eres amante de la gastronomía, y ése fue motivo suficiente para que me mudase aquí. En Atlanta siempre hay algo que hacer, y todo está abierto hasta más tarde que en Fort Benning. Sin embargo, lo que más me atrajo en su momento fue que no me recordaba constantemente a la vida militar. No había camuflaje allá donde mirases. Los hombres no vestían el uniforme reglamentario del ejército, el ACU, y las mujeres no hacían cola para ir al cine, a la gasolinera o a Dunkin' Donuts. La gente hablaba con palabras de verdad, no con acrónimos. Y había un montón de cortes de pelo no militar que admirar.

Adoraba Atlanta, pero él hizo que eso cambiara.

Los dos hicimos que cambiara.

Los dos.

Eso es lo más cerca que estoy de admitir cualquier tipo de culpa en lo que sucedió.



CAPÍTULO 2

—¿Qué miras?

Son sólo un par de palabras, pero penetran hasta lo más profundo de mi ser, sacuden todos y cada uno de mis sentidos y hacen tambalear mi cordura. A la vez, siento una extraña calma, esa que parece apoderarse de mí cada vez que él está cerca. Levanto la vista para asegurarme de que es él, aunque sé que sí. Cómo no, está ahí de pie, mirándome con sus ojos color nogal, escrutándome..., ¿recordando? Ojalá no me mirase de esa manera. La pequeña cafetería está bastante llena, pero no tengo la sensación de que sea así. Había ensayado este encuentro, pero él lo ha alterado todo y ahora estoy nerviosa.

—¿Cómo lo haces? —le pregunto—. No te he visto entrar.

Me preocupa que mi voz suene como si lo estuviese acusando de algo o que delate que estoy nerviosa; es lo último que quiero. Pero sigo sin entender cómo lo hace. Siempre se le ha dado muy bien ser sigiloso, moverse sin ser detectado. Otra habilidad adquirida en el ejército, supongo.

Lo invito a sentarse. Cuando se desliza sobre la silla, caigo en la cuenta de que lleva barba. Unas líneas perfectamente perfiladas dividen sus mejillas y el vello oscuro cu-

bre su mandíbula. Esto es nuevo. Desde luego que lo es: él siempre tenía que cumplir la normativa. El pelo debía estar corto y bien cuidado. El bigote estaba permitido, siempre y cuando estuviese bien arreglado y no sobrepasase el labio superior. Una vez me comentó que estaba pensando dejarse bigote, pero yo lo disuadí de hacerlo. Incluso en una cara como la suya, un bigote quedaría raro.

Coge la carta de cafés que está sobre la mesa. *Cappuccino*. *Macchiato*. *Latte*. *Flat white*. *Long black*. ¿En qué momento se volvió todo tan complicado?

—¿Ahora tomas café? —No intento ocultar mi sorpresa. Niega con la cabeza.

—No.

Una sonrisa a medias se dibuja en su rostro impasible y me recuerda justo la razón por la que me enamoré de él. Hace un momento me resultaba fácil mirar hacia otro lado. Ahora es imposible.

—Café no —me asegura—. Té.

No lleva chaqueta, claro, y las mangas de su camisa, alzadas por encima del codo, dejan entrever parte de su tatuaje, y sé que si toco su piel ahora mismo me quemaré. No pienso hacerlo por nada del mundo, de modo que desvío la vista hacia su hombro. Lejos del tatuaje. Lejos de ese pensamiento. Así es más seguro. Para ambos. Intento centrarme en el bullicio de la cafetería para sentirme más cómoda con su silencio. Había olvidado lo turbadora que puede resultar su presencia.

Bueno, no es verdad. No lo había olvidado. Lo he intentado, pero no puedo.

La camarera se acerca, oigo rechinar sus zapatillas contra el suelo de cemento. Tiene una vocecita tímida y, cuan-



do le dice que «tiene» que probar el nuevo mocha con menta, me echo a reír. Sé que odia las cosas con menta, hasta la pasta de dientes. Recuerdo aquellos pegotes rojos de pasta de canela que dejaba en el lavabo de mi casa y la cantidad de veces que discutimos por ello. Ojalá hubiese pasado por alto esas pequeñeces. Ojalá hubiese prestado más atención a lo que realmente estaba ocurriendo; las cosas habrían sido de otra manera.

Tal vez. O tal vez no. Soy la clase de persona que asume la responsabilidad de todo..., excepto de esto. No puedo estar segura.

Y no quiero estarlo.

Otra mentira.

Kael le dice a la chica que quiere un té negro solo e intento no echarme a reír. Qué predecible es.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta cuando la camarera se marcha.

—Nada. —Cambio de tema—. Bueno, ¿qué tal?

No sé qué chorradas van a ocupar esta quedada para tomar café. Lo que sí sé es que vamos a vernos mañana, pero ya que tenía que estar hoy en la ciudad de todos modos, en fin, me pareció buena idea que nuestro primer encuentro fuese a solas, sin público. Un funeral no es lugar para eso.

—Bien. Dadas las circunstancias. —Se aclara la garganta.

—Ya. —Suspiro, e intento no pensar demasiado en lo de mañana.

Siempre se me ha dado bien fingir que el mundo no se hunde a mi alrededor. Vale, en los últimos meses me ha costado un poco, pero durante años ha sido algo natural en mí, algo que empecé a hacer en algún momento entre el

divorcio de mis padres y la graduación del instituto. A veces tengo la sensación de que mi familia está desapareciendo. Cada vez se hace más y más pequeña.

—¿Estás bien? —pregunta en un tono aún más grave que antes.

Me recuerda a como lo hacía aquellas noches húmedas en las que nos quedábamos dormidos con la ventana abierta; toda la habitación amanecía cubierta de condensación a la mañana siguiente y nuestros cuerpos, húmedos y pegajosos. Me encantaba sentir su piel caliente cuando recorría con la punta de mis dedos los suaves contornos de su mandíbula. Incluso sus labios eran cálidos, ardientes a veces. El aire del sur de Georgia era tan denso que casi podías saborearlo, y la temperatura de Kael estaba siempre tan alta...

—¡Ejem! —Se aclara la garganta y salgo de mi ensimismamiento.

Sé lo que está pensando, puedo leer su rostro tan claramente como el letrero de neón —PERO ANTES, UN CAFÉ— que cuelga de la pared situada detrás de él. Odio que sean ésos los recuerdos que mi cerebro asocia con él. No facilita nada las cosas.

—Kare... —Su voz es suave, y alarga las manos sobre la mesa para tocar la mía.

La aparto tan deprisa que cualquiera diría que me ha quemado. Se me hace raro pensar en cómo éramos; era imposible decir dónde terminaba él y dónde empezaba yo. Había tanta sintonía entre nosotros... Todo era tan tan diferente de como es ahora... Hubo un tiempo en el que, con sólo pronunciar mi nombre, sin más, yo le concedía todo lo que quisiera. Me paro a pensar en eso por un instante. En cómo le daba todo lo que él quería.

Creía que había avanzado más en esto de superar lo nuestro. Creía que había avanzado lo suficiente como para no estar pensando en cómo sonaba su voz cuando tenía que despertarlo por las mañanas para su sesión de entrenamiento físico o en el modo en que gritaba por las noches. La cabeza empieza a darme vueltas y, si no desconecto ya la mente, los recuerdos me partirán en dos aquí mismo, en esta cafetería, justo delante de él.

Me obligo a asentir y cojo mi *latte* para hacer algo de tiempo, sólo un momento para encontrar mi voz.

—Sí. Bueno, ya sabes, los funerales son lo mío.

No me atrevo a mirarlo a la cara.

—En cualquier caso, no hay nada que hubieses podido hacer. No me digas que crees que sí. —Hace una pausa, y yo me centro en la pequeña desportilladura de mi taza.

Paso el dedo por la mella de cerámica.

—Karina. Mírame.

Niego con la cabeza. No pienso meterme en ese agujero con él. No puedo.

—Estoy bien. En serio. —Hago una pausa y observo la expresión de su rostro—. No me mires así. Estoy bien.

—Tú siempre estás bien. —Se pasa la mano por el vello facial, suspira y apoya los hombros contra el respaldo de la silla de plástico.

No es ni una pregunta ni una afirmación. Es simplemente la verdad. Tiene razón. Yo siempre estaré bien. ¿Eso de «fíngelo hasta que lo consigas»? Lo tengo dominado.

¿Qué otra opción me queda?